

Dra. Margarita Rothkopf

TEATRO INFANTIL



EL PASO DE LOS ANDES

LA PEQUEÑA TUCUMANA

TEATRO INFANTIL

El Paso de los Andes

La pequeña tucumana

2125
(1956)

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

TEATRO INFANTIL

ES PROPIEDAD
DE LA AUTORA

El Pato de los Andes
La primera impresión

A LOS NIÑOS

Al escribir estas obritas, mis queridos amiguitos, lo he hecho pensando en vosotros.

En todas ellas figuran, nombres y hechos que aprendéis a venerar, desde que cruzáis el umbral de la escuela.

Espero que os interesen, que conmuevan vuestro corazóncito y que surja más límpida y viva ante vosotros, la imagen de los que con su sangre y con su idea cimentaron la grandeza de la Patria.

DRA. MARGARITA ROTHKOPF

EL PASO DE LOS ANDES

EPISODIO HISTÓRICO EN UN ACTO Y DOS CUADROS

Época 1817

La escena representa el campamento de Plumerillo

PERSONAJES:

SAN MARTÍN

NECOCHEA

LAS HERAS

MELIÁN

ZELAYA

GRANADEROS

GAUCHOS

MUJERES DEL PUEBLO

SARGENTO RUEDA

NICASIO

RAMIRO

DOÑA NICOLASA, madre de Nicasio

EUFRASIA Y ROSITA, sus hijas

UN CHASQUE .

ESCENA I — CUADRO I

Paisanos y granaderos alrededor del fuego. Un centinela, arma al brazo, se pasea.

SARGENTO RUEDA. — (*alcanzando un mate a Nicasio*) ¿Y qué tal compañero? ¿Va dentrando en calor?

NICASIO (*joven granadero*). — ¡Gracias sargento! Me parece mentira, que estoy otra vez con Vds.!

GRANADERO 1.º.—¿Y cómo hiciste pa escapar de los godos, hermano?

NICASIO. — Ni yo mesmo lo se, compañero. Cuando en el silencio de la noche, oí detrás de mí, cada vez más cerca el galope de sus caballos, a gatas alcancé a tirarme de la mula y arrastrándome entre la maleza, les hice perder la pista y así he llegao hasta el campamento. Yo creo que ha de haber sío gracias a las sombras de la noche.

DOÑA NICOLASA. — Gracias dale a Nuestra Señora del Carmen ¡hereje! no a las sombras, que yo todas las noches le prendía una candela... ¡Qué si no fuera por Nuestra Señora!

PAISANO 2.º. — Pa mí, son los indios que te han traicionao, hermano.

GRANADERO 3.º. — No en balde les desconfía el jefe.

NICASIO. — Lástima que perdí las mulas, ahora que tanta falta nos hacen...

DOÑA NICOLASA. — Vea, que pensar en las mulas ahora. ¡Qué ocurrencia de muchacho!

SARGENTO RUEDA. — Pero cumpliste como un valiente la misión del jefe...

NICASIO. — ¿Y entónces? Eso sí, créamelo Sargento, que vivo no me hubiera entregao...

DON MARCELINO. — (*gaucho viejo, aproximándose al grupo*) ¡Bien dicho, muchacho! Felices tardes a todos! ¡Doña Nicolasa, Eufrasia, Rosita! ¡Tanto bueno por aquí! Con permiso (*se sienta*).

GRANADERO 2.º. — Es suyo, Don Marcelino. Arrímese al fuego...

DON MARCELINO. — ¿Y qué es de su vida, Doña Nicolasa?

DOÑA NICOLASA. — Viviendo y penando vamos, Don Marcelino... Hoy me he llegao hasta el campamento, pa ver al ingrato de mi hijo que había estao de vuelta y ni siquiera fué capaz de llegarse hasta el rancho y avisarle a su madre que lo lloraba perdío...

NICASIO. — Y tiene que dir acostumbrándose vieja, pa cuando nos marchemos...

DOÑA NICOLASA. — Callate Nicasio, hasta hoy en el día de la Virgen, me vas a hacer llorar.

DON MARCELINO. — En eso hace mal, Doña Nicolasa, hay que envidiarles a los mozos éstos, llorar, es pecao ahora.

DOÑA NICOLASA. — (*llorosa*) Es que yo tengo dos hijos en las filas, Don Marcelino y ahora se me va éste...

NICASIO. — (*con arrogancia*) ¿Y acaso no he de volver?

(*De lejos se oye un canto*)

EUFRASIA. — ¿Quién es aquél que viene cantando?

GRANADERO 1.º. — ¿Y quién ha de ser, sino Ramiro? Este no se calla nunca.

RAMIRO. — (*aproximándose*) Muy buenas tardes a todos!

DOÑA NICOLASA. — Muy buenas. ¿Siempre cantando?

RAMIRO. — Como las chicharras, Doña Nicolasa.

GRANADERO 2.º. — Hasta en medio del combate canta, Doña Nicolasa. ¡Qué digo en el combate! ¿Se acuerda, sargento, de la retirada aquella, después de Ayohuma? Parecía más bien, un cortejo de muerto... Adelante llevaban a los heridos, y nosotros deshechos, destrozaos, después de pelear todo el día, nos arrastrábamos detrás del general...

Cuando en aquel silencio de muerte se oyó de un repente, clarita y alegre la voz de Ramiro...

¡Ah, hermanos! Cuando oímos aquellas estrofas que nos hablaban del terruño, nos pareció que no estaba todo perdido, y levantamos más animaos la vista al cielo, cuajado de estrellas...

RAMIRO. — Dejá de acordarte de cosas tristes, Marcial, mirá ya has hecho llorar a Doña Nicolasa.

EUFRASIA. — ¡Oh, lo que es mama toda la vida se la pasa lagrimeando! ¿Por qué no canta algo, Ramiro?

PAISANO 1.º — Eso es, hacete oír muchacho.

RAMIRO. — Por mí, muy gustoso, pero me han alabao tanto, que no sea ahora, si canto feo, me saquen corriendo.

DOÑA NICOLASA. — Eso lo veremos después que cantís...

SARGENTO. — Dale no más, hermano.

RAMIRO. — Bueno. Acompañame, Ramón.
(Ramón lo acompaña en la guitarra).

RAMIRO. — (canta):

"INDEPENDENCIA"

Música del compositor argentino D. JUAN MAS - Letra de D. D. LOMBARDI.

ESTILO CRIOLLO

para el epíodo: El Paso de los Andes

Canto

Piano

VOZ

Sal - ve pa - tria, en el

gran día que re - cuer - da tu al - bora -

da en que sa - cu - diste ai - ra - da el ru -

go que te o - pri - mí - a. Tras de

la no - che som - bría te al - zas - te

con ma - jes tad y a la augus - ta

in - mensi - dad con es tri - den - cia de

rayo, lan - zas - te el gri - to de Ma -

Ped.

-yo pro - claman - do li - ber - tad.

*Se repiten las demás estrofas
con la misma música!*

Guitarra con cuyos sonos
acompañó los cantares
que sobre mis patrios lares
desparramo en los fogones.
De las viejas tradiciones
dame tus notas sentidas,
para cantarlas unidas
con esos tristes camperos,
que son trinos de jilgueros
que entre tus cuerdas anidas...

Salve patria, en el gran día
que recuerda tu alborada
en que sacudiste airada
el yugo que te oprimía.
Tras de la noche sombría
te alzaste con majestad
y a la augusta inmensidad

con estridencia de rayo,
lanzaste el grito de Mayo
proclamando libertad.

Desde la sierra hasta el llano
desde el monte al infinito,
se oyó resonar el grito
del patriota americano.
A su clamor el paisano
levantó su altiva frente,
y con esfuerzo potente
harto de vida servil,
corrió a empuñar el fusil
por la patria independiente.

Y los ecos de ese grito
recorrieron los confines
proclamando en los clarines
de la fama al infinito.
En tu frente quedó escrito
como luz del porvenir
la estrofa que hizo surgir
una aureola en tus dinteles:
¡Sean eternos los laureles
que supimos conseguir!

DOÑA NICOLASA. — ¡Qué linda canción!

SARGENTO. — Muy bien, muchacho.

DON MARCELINO. — ¡Cantaste lindo, Ramiro!

CENTINELA. — ¡Silencio! Que allí viene llegando el jefe.

ESCENA II. — CUADRO II

Se aproximan San Martín y sus oficiales. Los del grupo se ponen de pie y saludan

SAN MARTÍN. — ¡Salud, valientes!

Sigan mateando no más. ¿Qué tal, Doña Nicolasa, venía a verlo al muchacho?

DOÑA NICOLASA. — Así es, Señor general, y también he tráido las mantas que me encargó Usía; por terminarlás nos hemos pasao con las muchachas, la noche en vela.

SAN MARTÍN. — Gracias. Recíbalas sargento.

DOÑA NICOLASA. — Con permiso de Usía.

(*Se retira hacia el grupo*).

SAN MARTÍN. — ¿Deseaba verme alguien hoy, sargento?

SARGENTO. — Hay unos arrieros que han tráido sus mulas y se ofertan para servirnos de guía.

SAN MARTÍN. — Que se acepten sus servicios, aunque ya tenemos bastantes baqueanos. ¿Algo más?

SARGENTO. — Está también un muchacho que insiste mucho en hablarle.

SAN MARTÍN. — Que venga.

(*Se acerca tímidamente Damián, niño de nueve a diez años*)

SAN MARTÍN. — ¿Qué deseas, chico?

DAMIÁN. — Este... venía... que como mi tata es arriero, quería pedir a Vuestra Mercé, me dé la venia, pa marchar también con las tropas.

DON MARCELINO. — ¡Pero vean al botija éste!

SAN MARTÍN. — Eres muy pequeño, amiguito mío.

DAMIÁN. — ¡Oh, déjeme dir, Vuestra Mercé! Soy chico, es verdad, pero a querer a la patria, no me gana naide, señor...

SAN MARTÍN. — ¿Y tu padre, consiente en llevarte?

DAMIÁN. — Tata, sí, mama es la que tiene recelo...

SAN MARTÍN. — Está bien. Me gusta verte tan dispuesto y haremos de tí un buen granadero. Que venga luego tu padre a hablar conmigo.

DAMIÁN. — Gracias, Vuestra Mercé.

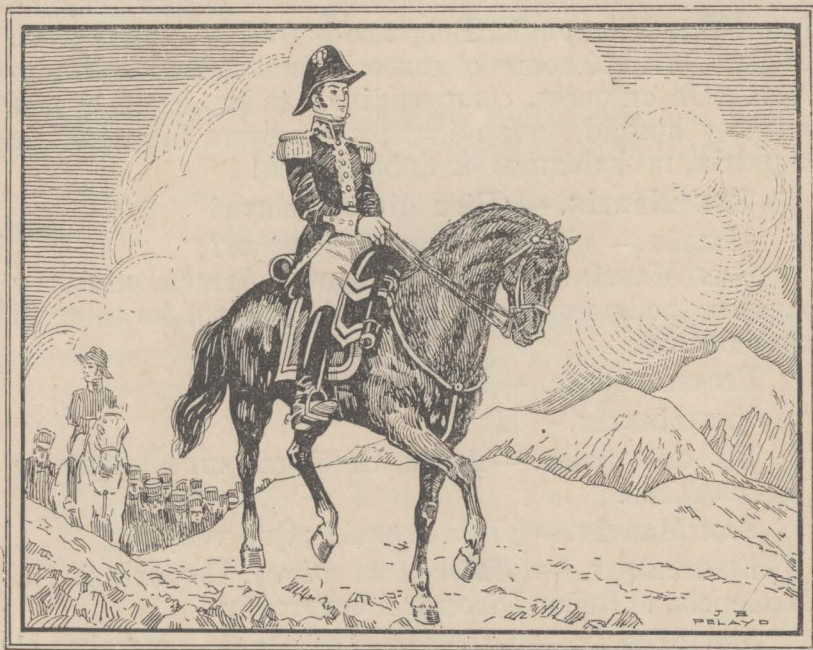
SAN MARTÍN. — Vete con Dios, muchacho. (*Damián se retira*).

SAN MARTÍN. — ¿Y aun dudas, Melián?

MELIÁN. — Dudo San Martín... recién he llegado de Buenos Aires, y la grandeza de tu plan, me ofusca;

el paso del ejército al través de los desfiladeros de la Cordillera, me parece una empresa, casi imposible...

SAN MARTÍN. — ¡Y yo, yo no dudo! Y juro, por mi honor de soldado, que cruzaremos esas cimas que de aquí parecen inaccesibles e iremos a buscar al enemigo, allí en su antro mismo. ¡Pues es tiempo de obrar con energía!



NECOCHEA. — El enemigo es dueño de Montevideo y de Chile.

LAS HERAS. — Tres ejércitos disciplinados, aguerridos, valientes y una poderosa escuadra, pueden rodearnos de un momento a otro.

SAN MARTÍN. — Sí, hay que atacar al Perú por el mar. Cuzco la heroica, que ahogada en sangre, se yergue de nuevo, nos espera.

MELIÁN. — ¡Y con tan pocas fuerzas, váis a arriesgar ese paso?

SAN MARTÍN. — ¡Ah! ¡Tú no conoces a nuestro pueblo, Melián! ¡Yo lo he visto desangrarse en el Alto Perú y levantarse de nuevo, sacando heroicas fuerzas de su mismo martirio! Y sino, aquí tenéis el admirable ejemplo de Cuyo, que pobre, sin recursos, sin población casi, ha armado y equipado nuestro ejército entregando sus bienes y sus hijos.

ZELAYA. — Y si hubieras visto, como yo, arrastrarse a los moribundos e incorporarse a los heridos, cuando después de Vilcapugio, Belgrano heroico y grande en su tristeza, levantó sobre el cerro la azul y blanca bandera... ¡Oh entonces, comprendimos todos, hasta el más oscuro y humilde, que mientras se agitara la enseña de la patria, no habíamos de doblegarnos!

SAN MARTÍN. — ¡Bien dicho, Zelaya!

MELIÁN. — ¿Y estáis preparados ya?

SAN MARTÍN. — Completamente. Armas, mulas y bagajes; podemos de un momento a otro, levantar el campamento.

UN GRANADERO. — Mi general.

SAN MARTÍN. — Habla.

UN GRANADERO. — Acaba de llegar un chasque de Buenos Aires.

SAN MARTÍN. — ¿Dónde está? ¡Qué venga!

EL CHASQUE. — (*Entrega un sobre*). De parte de Su Excelencia, el Señor Director Pueyrredón.

SAN MARTÍN. — Debe ser lo que tanto esperaba; el mensaje de Pueyrredón. (*Lee*). (*Levantando la cabeza con vehemencia*). Amigos, míos: He aquí la buena nueva. Podemos marchar. Pueyrredón caballeresco y noble, como siempre, ha cumplido su promesa. (*Dirigiéndose al grupo*): ¡Muchachos! ¡Mis bravos granaderos! Mañana al amanecer, dejaremos a Plumerillo. Nuestra empresa es difícil y arriesgada. Un enemigo valeroso y fuerte nos espera. Pero con la ayuda de Dios y con vuestro valor, hemos de salir victoriosos. Nuestra enseña cruzará estas nevadas cumbres e irá a llevar la ansiada libertad a nuestros hermanos que gimen oprimidos y es-

clavizados allende los Andes. ¿No es verdad, que puedo contar con vosotros?

SARGENTO RUEDA. — ¡Hasta la muerte, mi Jefe!

GRANADERO 1.º. — ¡Nuestra sangre por la patria!

NICASIO. — ¡Hasta la muerte!

SAN MARTÍN. — ¡Gracias, muchachos! Ahora cada cual irá a formarse en su cuadro. — ¡Capitán Necochea!

NECOCHEA. — ¿Mi general?

SAN MARTÍN. — Servíos mandar tocar a reunión.

(Necochea hace una señal y suena el clarín)

SAN MARTÍN. — Y nosotros regresaremos a Mendoza, señores, a ultimar los preparativos para la marcha.

(Salen. Varios granaderos y paisanos, recogen sus armas y monturas y cruzan la escena).

NICASIO. — Pero mama...

DOÑA NICOLASA. — ¡No, si no lloro, Nicasio! ¡Qué más quiero yo, que verte pelear por la patria! Pero dejate poner la medallita al cuello, está bendita... *(se la coloca)*.

EUFRASIA. — Vamos mama...

DOÑA NICOLASA. — *(Llorando)*. Ya vamos, ya.

DON MARCELINO. — Hasta la vuelta, muchachos. ¡Denle duro a los godos! ¡Miren que son como tigres pa pelear!

NICASIO. — ¡Pierda cuidado viejo, no en balde somos sus hijos!

EUFRASIA. — Anochece ya.....

Las mujeres y don Marcelino, se marchan hacia la izquierda. La escena queda casi desierta. Sólo se ven dos o tres granaderos que juntan los aperos y Ramiro canta a media voz, la primera estrofa, que cantó antes. El telón baja lentamente.

RAMIRO *(Canta a media voz)*.

Guitarra con cuyos sonos
acompañó los cantares

que sobre mis patrios lares
desparramo en los fogones.
De las viejas tradiciones
dame tus notas sentidas,
para cantarlas unidas
con esos tristes camperos
¡que son trinos de jilgueros
que entre tus cuerdas anidan!

FIN DEL EPISODIO

LA PEQUEÑA TUCUMANA

LA PEQUEÑA TUCUMANA

EPISODIO HISTÓRICO EN UN ACTO

Epoca 1812

PERSONAJES:

MERCEDES, *niña de 10 años.*

DOÑA CÁNDIDA, *anciana.*

SOLDADO ESPAÑOL HERIDO.

TENIENTE RODRÍGUEZ, *argentino.*

SOLDADO 1.º, *argentino.*

SOLDADO 2.º, *argentino.*

ESCENA 1.^a

La escena representa el interior de un pobre rancho.

DOÑA CÁNDIDA — MERCEDES

MERCEDES. — Abuela, abuela... ¿duerme Vd.?

DOÑA CÁNDIDA. — No hijita no, ¡quién ha de poder dormir en el día de hoy!... acababa el rosario...

MERCEDES. — Ya no se oyen los cañones... ¿habrá terminado la batalla?...

DOÑA CÁNDIDA. — Cállate hijita, ven a rezar conmigo para que nuestra Señora, proteja a tu padre.

MERCEDES. — Abuela... ¿Y si no volviera tatita?

DOÑA CÁNDIDA. — No digas eso criatura, ¡no ha de permitir la Virgen que nos quedemos sin amparo!

MERCEDES. — ¡Y tatita que se marchó tan contento a pelear por la patria!

DOÑA CÁNDIDA. — La patria, la patria... ¿También te han trastornao con su charla los de Buenos Aires? ¡La patria! ¿Qué falta nos hacían todos esos trastornos? ¿No vivíamos todos tranquilos y contentos, en nuestra pobreza? Tu padre arriando sus mulas, yo fabricando dulces y pasteles, tú aprendiendo a ser hacendosa y bue-

na como tu madre... Pero no, ahora cambió todo... y vino la guerra, y corre sangre... ¡Ah Señor, Señor! Nada de bueno saldrá de todo esto...

MERCEDES. — Pero abuelita... ¿cómo ha de ser mala esta guerra, si hasta la misma señora maestra, nos ha explicado que se lucha por una causa santa y grande, y que cuando seamos libres y dueños de nuestra tierra, viviremos todos más dichosos?

DOÑA CÁNDIDA. — Ta..., ta..., ta... ¡pero vean la chicharra ésta, echando una prédica como el sermón del señor cura! ¡Callate criatura! Y decile a tu señora maestra, ¡qué no ha nacido todavía quien ha de vencer a los soldados del Rey! ¡Bien caro pagaremos todos esa guerra insensata! ¡Bien caro! Pero dejemos eso por ahora... Me voy a lo de Doña Rosa, a velarla un rato, que ha caído mala la pobrecita, desde que se supo la muerte de su Luis...

MERCEDES. — Cayó como un héroe en Suipacha...

DOÑA CÁNDIDA. — Sí, sí, ¡héroes, les van a dar hoy los soldados que mandó el Virrey!... Bueno..., me voy antes que anochezca; enciende el candil y no te olvides de prenderle la vela a Nuestra Señora. Y sobre todo, no vayas a abrir a nadie hasta que yo vuelva, que no he de tardar. Mira que vivimos lejos de la ciudad, y el camino está lleno de mala gente. Y no dejes apagar el fuego. *(Sale)*.

MERCEDES. — No abuela, vaya tranquila que haré todo.

DOÑA CÁNDIDA. — *(Desde fuera)* ¡Válgame Dios! ¡qué tinieblas! Está que no se vé nada... Cierra, cierra pronto la puerta, hijita.

MERCEDES. — Sí, abuela... *(cierra la puerta, enciende el candil y coloca una bujía ante la imagen de la Virgen)*.

MERCEDES. — ¡Qué silencio! ¡Ojalá vuelva pronto abuelita! Desde que se marchó tatita, siempre tengo miedo por él... ¡Con tal que ganen hoy la batalla! *(se oyen golpes en la puerta)*. Pero... ¿qué es esto? ¿Lllaman?

sí, sí... ¿quién podrá ser a estas horas? (*se aproxima a la puerta y escucha*). Parece alguien que se queja... ¡Si será tatita...!

(VOZ DE AFUERA). — ¡Por el amor de Dios, abridme la puerta!

MERCEDES. — No, no es su voz..., no abriré, abuelita me lo ha recomendado... Pero ¡y si fuera un enfermo!... vuelve a quejarse... Y ¿he de dejarlo afuera



con este frío? No..., no... ¡Abriré!... ¡Espérese Vd., ya abro!... (*Abre y penetra con vacilante paso, un soldado español, con el uniforme cubierto de lodo, y una venda manchada de sangre en la frente*).

MERCEDES. — (*Retrocediendo con espanto*) ¡Oh! ¡Un godo! ¿Qué quiere Vd. aquí? ¡Márchese! ¡Márchese pronto!

EL HERIDO. — Niña: ¡no me rechaces, por el amor de Dios! ¡Deja que descanse..., estoy extenuado! Hace muchas horas que me arrastro entre la maleza. ¡He per-

dido tanta sangre! sufro horriblemente... ¡Por piedad alcánzame un poco de agua!... (*Mercedes le da un vaso de agua que él bebe con ansia*).

EL HERIDO. — Gracias. Ahora me siento más fuerte; descansaré un rato y me iré.

MERCEDES. — ¿Viene Vd. de la batalla?

EL HERIDO. — Sí..., la hemos perdido... Deshechos, destrozados, huímos en desorden... Yo traté de alcanzar a los míos, pero quedé atrás... y me he extraviado...

MERCEDES. — Descanse, descanse Vd..., pero... ¡cómo sangra su herida! Está mal vendada. Yo se la arreglaré. (*Alcanza unas vendas de la alacena, y ata la frente del herido*). ¡Y su chaqueta, está toda llena de sangre! Quítesela usía, que se la limpiaré... Venga, siéntese aquí, junto al fuego. (*El herido se quita la chaqueta ayudado por Mercedes y deja su sable sobre la mesa*).

(*Mercedes alcanzándole una taza*): Beba esta tisana..., eso lo aliviará...

EL HERIDO. — (*Con voz cada vez más débil*). Gracias, gracias pequeña; me parece que vuelvo a la vida. ¡Dios te pagará lo que haces por mí! Yo tengo, allá en Castilla, una hijita como tú... ¡Quién sabe si volveré a verla!

MERCEDES. — Descanse, descanse Vd., y cuando vuelva abuelita, lo curará, lo hace muy bien; todos los vecinos acuden a ella. Pero... ¡se ha dormido!... ¡Pobrecillo! ¡Qué pálido está! (*Le coloca una almohada detrás de la cabeza*). Y ahora... si se enoja abuelita?... no, ¡qué se ha de enojar ella, tan compasiva y tan buena! además ¿no me repite siempre, que hemos de socorrer a los que sufren? Pero, ¿qué es esto? (*Escucha*): parece rumor de pisadas..., debe ser la ronda nocturna (*se aproxima a la ventana*). Sí..., son varios jinetes..., no se detendrán aquí..., pero... doblan... ¡Virgen mía! Se acercan: ¡son los patriotas! Y si ven al herido, estamos perdidos..., apagaré la luz..., no, ya no hay tiempo... (*se oyen golpes en la ventana*).

VOZ DESDE AFUERA. — ¡Eh! ¿no hay nadie?

MERCEDES. — ¿Qué desea Vuestra Merced?

TENIENTE RODRÍGUEZ. — Dí pequeña: ¿no podrías indicarnos el camino más corto a Ciudadela?

MERCEDES. — Es por ahí señor..., yendo a la izquierda... (*señala con la mano*).

TENIENTE RODRÍGUEZ. — ¿No habría nadie que nos guíe hasta allí?

MERCEDES. — No señor, estoy sola en el rancho.

TENIENTE RODRÍGUEZ. — ¿Sola dices? Y ¿quién es ese que está en el sillón?

MERCEDES. — ¿Quién? si aquí no hay nadie; se ha equivocado usía.

TENIENTE. — ¿Cómo nadie? ¡Ea!, bajemos compañeros; es extraño todo eso... A ver, chica: ¡abre en seguida la puerta! (*se aleja de la ventana*).

MERCEDES. — (*con angustia*). ¿Qué hacer? ¡Yo; yo misma, lo he perdido! (*Al herido*): ¡Señor, Señor, despiértese usía, que van a prenderlo; pronto, pronto! Le va en ello la vida! Por allí hay otra puerta: ¡escape Vd.! (*sacude al herido, pero éste queda inmóvil*). ¡No me oye! ¡No se mueve! ¡Duerme, como un muerto! ¿Qué hacer? ¡Virgen santísima! ¿Qué hacer?

(*En la puerta resuenan golpes impacientes. Mercedes abre. Entran el teniente Rodríguez y dos soldados*).

TENIENTE RODRÍGUEZ. — Al fin han abierto. ¿De quién es este rancho?

MERCEDES. — De mi padre... Ramón Suárez...

TENIENTE RODRÍGUEZ. — ¿Sois argentinos?

MERCEDES. — ¡Oh, sí señor! Tatita está en las filas del general Belgrano.

TENIENTE RODRÍGUEZ. — ¿Y quién es ese hombre?

MERCEDES. — No sé señor...

TENIENTE RODRÍGUEZ. — ¿No lo sabes? (*se aproxima y ve el uniforme del herido*). ¡Hola!... ¡hola! un uniforme godo..., un sable!... (*con severidad*) Conque, ¡un soldado de Belgrano, oculta en su casa al enemigo el mismo día de la batalla de Tucumán! Bien..., a ver... ¡prende a ese hombre compañeros! Y mañana responderá tu padre ante el jefe; y explicará la presencia de su hués-

ped. ¡Prendedle! (*Los soldados se acercan al herido, pero Mercedes les cierra el paso*).

MERCEDES. — ¡Oh! Vuestra Merced, apiádese de mí! no sabía yo al abrirle... lo juro..., que fuera un godo..., pero se quejaba, estaba cubierto de sangre..., sufría... ¿Cómo no había de socorrerle? ¡Oh, no se lo lleve Vd.! Está muy herido... Ahora duerme, descansa. ¡Tenga piedad usía, y no diga nada a tatita! Soy yo, yo sola, quien tiene la culpa. ¡Déjelo Vuestra Merced!... ¡Yo se lo ruego!... ¡sea bueno!

TENIENTE RODRÍGUEZ. — (*después de un corto silencio, visiblemente conmovido*). Y... ¿qué hacemos compañeros? Nuestro deber de soldados nos manda prenderlo, pero... ¿y si accediéramos a los ruegos de esta pequeña tucumana? Grande victoria es la del día de hoy, y por eso mismo justo es proceder con clemencia...

MERCEDES. — ¿Lo dejará usía?

TENIENTE RODRÍGUEZ. — ¡Ea! ya está decidido. No hemos visto a nadie aquí, compañeros; ni encontramos nada, ¿me comprendéis?

SOLDADO 1.º — ¡Nada hemos visto, mi teniente!

SOLDADO 2.º — (*alegremente*) ¡Nada, mi jefe!

TENIENTE RODRÍGUEZ. — Y ahora en marcha al campamento. ¡Adiós pequeña! ¡Cuida bien de tu huésped, y sobre todo olvídate que nos viste!

MERCEDES. — ¡Qué Dios guarde a Vuestra Merced y le recompense!

(*Los patriotas salen*).

MERCEDES. — ¡Se han marchado! ¡La Virgen de las Mercedes, ha intercedido por mí! ¡Voy a darle las gracias!

(*Telón*)

FIN DEL EPISODIO



BIBLIOTECA
DEL
TEATRO INFANTIL

PIEZAS PUBLICADAS

El Juramento
Los Gauchos de Güemes

El Chasque
Las Damas de Mendoza
y el General San Martín

Patria y Caridad
La Alborada

El Paso de los Andes
La Pequeña Tucumana